



Acerca de la “Antología de la divulgación de la ciencia en México”

Luis Estrada

La publicación de la “Antología de la divulgación de la ciencia en México” es un notable acierto que satisface una necesidad inexplicablemente postpuesta. Sabíamos de oídas que la divulgación es algo que se realiza cada vez más y que el sentido de esa actividad es múltiple y poco preciso. Ahora tenemos un registro de lo que eso significa y una buena relación de quienes son los que la practican. Mis más afectuosas felicitaciones para los autores, editores y coordinadores de este valioso libro.

Lo primero que llama la atención de la obra que nos ocupa es el gran número de autores que colaboraron en su confección, aunque me parece que podrían ser más. Es entonces natural que en el libro haya “de dulce, de chile y de manteca” lo cual, lejos de indeseable, descubre la gran riqueza que hay que hay en el desempeño de esa actividad. Inmediatamente después se encuentra la gran cantidad de testimonios personales que el libro contiene, lo cual es también muy valioso. No sobra mencionar que las contribuciones están bien escritas, pues lograr esto en nuestro medio es un “garbanzo de a libra”.

Me parece claro que este libro será una referencia obligada, al menos por un buen tiempo, para todos aquellos que están interesados en la divulgación de la ciencia, ya que contiene mucha información y da mucho para largas y profundas reflexiones. Reconociendo que no todo fue escrito *ex profeso* para el libro, fácilmente se encuentran pruebas de que las ideas acerca de la divulgación de la ciencia han ido cambiando, en general para bien de esa labor. No quiero decir más acerca del libro que presentamos porque deseo exponerles algunas reflexiones que su lectura me ha causado.

La primera es de carácter personal. Me apena confesar que pasé por muchas escuelas y por muchos años y que esto sólo me produjo un gran desprecio por esas instituciones. Con el paso del tiempo, y creyendo que había madurado, reconocí que mucho de lo que soy lo debo a la escuela, aunque ahora lo expreso diciendo que fue “gracias al ambiente escolar”. Me explico: en las escuelas por las que pasé conocí a muchos compañeros y profesores de los que aprendí mucho, en ellas descubrí horizontes que sólo desde ahí se podían ver y acceder, y viví en ambientes que me ayudaron a ser lo que soy.

He confesado lo anterior porque al leer la “Antología de la divulgación de la ciencia en México” pensé que muchos de los divulgadores estamos como estaba yo al salir de la escuela, y que por tanto sólo vemos lo que se dice que debe ser esa actividad. Así nos esforzarnos por definirla, por organizarla, por distinguir a los que la realizan bien, en fin, por aclarar lo que serían los “buenos divulgadores”. Pienso ahora que en la labor de divulgación de la ciencia que hemos realizado hay muchos valores que estamos pasando por alto. Por mi parte puedo decirles que gracias a haberme metido en ese negocio he aprendido mucha ciencia, que he hecho muchos amigos, que he descubierto nuevos mundos, que he logrado disminuir muchos de mis prejuicios y, en fin, que he ganado lo suficiente para ahora colaborar mejor en la divulgación de la ciencia en nuestro país.

La siguiente reflexión que quiero exponerles es, en cierto modo, la otra cara de lo que acabo de decir. La lectura de muchas de las contribuciones de la “Antología de la divulgación de la ciencia en México” me revivieron el angustioso deseo de muchos colegas por disponer de “criterios de evaluación” y por pertenecer a un Sistema Nacional de Ingresos, un SNI. No pude entonces dejar de pensar en que en adelante tendré que publicar este escrito y otros en una revista internacional, que tendré que dar conferencias arbitradas y que tendré que documentar bien mis actividades y cuidar de

otras formalidades. Confieso, ya que no puedo evitar cierto cinismo, que he pensado en algunos candidatos para reglamentar el arbitraje entre pares en temas de divulgación, para elaborar las normas indispensables para la aceptación de un producto de divulgación y en redactar otros instrumentos necesarios para ascender de nivel en el sistema.

Para volver a vestir mi disfraz de seriedad diré que mi sentir respecto al angustioso deseo que acabo de mencionar es que se trata del justo reclamo del reconocimiento genuino de la labor de los divulgadores de la ciencia en México. Llendo más al fondo pienso que se trata del reclamo de que en nuestro país no se valora el trabajo ni se distingue su calidad. Trabajar es cumplir con un contrato y de sus resultados sólo se espera apego y fidelidad a acuerdos sobreentendidos. Doy por supuesto que la necesidad de evaluar labores es indiscutible, aunque añado que no lo es su significado y aplicación en nuestro medio. Por otra parte, la justa remuneración del trabajo es por todos aceptada aunque no así su interpretación como “un salario más varios estímulos”. Creo que en el campo de la divulgación de la ciencia todavía hay oportunidad para encontrar mejores soluciones para retribuir y valorar el trabajo.

La última reflexión que quiero presentarles está ligada a la lectura de otro libro cuyo título no mencionaré ya que tampoco se los recomendaría. En él se hace referencia al análisis de Michel Foucault acerca del cuadro de Velázquez titulado *Las Meninas*. Al observar ese cuadro pronto se descubre que el artista ha puesto en él algo que no es lo que está pintando, ya que en él se muestra la parte trasera del lienzo y al pintor viendo hacia el observador, lo que hace pensar que ahí debe estar su modelo. Como el cuadro muestra también un espejo al fondo del taller y en él se ven las imágenes de los reyes españoles Felipe IV y Mariana de Austria, puede concluirse que el tema del cuadro de Velázquez es los entonces los reyes de España.

Empero lo que Foucault muestra, argumentando sobre esa explicación, es que Velázquez no pudo considerar al mismo tiempo al observador como sujeto y como objeto, aunque es lo que muestra en su cuadro. Cabe mencionar que por ahora *Las Meninas* son para muchos una lograda imagen de la observación de la observación. No espero que una breve reseña, como la que he hecho, aclare una reflexión profunda sobre una creación artística, aunque si confío en que ella dé un buen ejemplo de la interpretación de una obra.

En la Antología de la divulgación de la ciencia en México se insiste en que el divulgador recrea la información que difunde, lo cual es muy cierto y relaté la interpretación de Foucault al cuadro de Velázquez para llamar la atención de los divulgadores de la ciencia respecto a la posibilidad de crear empleando la información que obtienen de los científicos. Lo que quiero con esto es animar a mis colegas a que se esfuercen en mostrar aspectos del Universo que los investigadores sólo han podido columbrar.

Un último comentario que haré se refiere a la duda que algunos plantean respecto a si los divulgadores son científicos. En alguna ocasión dije que “de científico, poeta y loco todos tenemos un poco” y ahora quiero repetirlo para señalar que, con lo que se documenta en el libro que nos ocupa, la afirmación es obvia. Quizá alguno me reclame dar ese honroso título a mis colegas por lo que adelanto que hablé de científicos y no de investigadores científicos en el sentido que les asignan los miembros de los consejos de administración de los recursos asignados al quehacer científico.

Termino felicitando nuevamente a los autores de la antología que nos ocupa por su obra y repitiéndolo a los editores y coordinadores por su pertinente decisión.